

Capítulo 369 – Desconocido

[El inframundo - Abbadon... Distrito de la Construcción, Sector de la Construcción C-99]

El sonido del metal contra la piedra era constante, rítmico como un corazón cansado. El crujido de látigos etéreos, los vapores tóxicos que escapaban de las grietas del suelo y los gruñidos apagados formaban la banda sonora de la vida cotidiana.

Malgron clavó otra estaca de osio en el hormigón vivo del muro. El material pulsaba, como si resistiera la domesticación. El sudor corría por su ancha espalda y se evaporaba incluso antes de llegar a su cintura. No por el calor, sino por la naturaleza hostil del aire que lo rodeaba. La atmósfera allí no respetaba la humedad.

Malgron era un demonio de segunda generación, descendiente de un pacto del siglo XIII con un oscuro barón inglés. Sus cuernos eran cortos y algo desgastados, y sus ojos amarillos ya no brillaban tan intensamente como antes. Llevaba un mono gris sucio con el logo del contratista "Construsangre Dermonic", uno de los muchos que reportaban directamente a Paimon.

Con sus manos callosas, ajustó el cinturón de herramientas que llevaba alrededor de sus caderas. Por un momento miró hacia arriba: las torres góticas que se alzaban a lo lejos eran increíblemente altas, estaban hechas de columnas retorcidas, símbolos blasfemos y sombras condensadas. Cada uno albergaba una casa noble o alguna guarida importante. Sólo podía ver la base de la estructura—el resto desapareció en una niebla púrpura, donde los gritos y la música se mezclaban como el viento.

Se apoyó en el mango de su mazo por un momento.





"Diez ciclos más y solicitaré un traslado a la zona de recalibración dimensional", murmuró, escupiendo a un lado. El limo silbó al tocar el suelo. "Este lugar me está chupando el alma."

Otro trabajador se acercó. Ruzgath, un demonio menor de tercera generación, con una cara tatuada con runas disciplinarias y un brazo mecánico que todavía chirriaba después de su último mantenimiento.

"¿Escuchaste eso?" le preguntó a Ruzgath, mientras soltaba el candado de su casco blindado y dejaba que sus cuernos respiraran.

"¿Escuchaste qué?"

"Habrá un Walpurgis."

Malgron guardó silencio por un segundo. Uno de los tentáculos de hormigón intentó moverse y lo aplastó con un golpe casual de su mazo.



"Oh... ¿eso otra vez? Chismes del pasillo. El año pasado dijeron lo mismo."

"Esta vez no es un rumor", insistió Ruzgath. 'Uno de los responsables de la fundación estructural era un servidor directo de Astarphth. Y él mismo lo dijo. Está confirmado. Ya enviaron los sellos de pausa del pacto y todo.'

Malgron levantó una ceja.

"¿En serio? ¿De verdad van a hacer uno?"



"Después de más de doscientos años. Los líderes se van a reunir. Todos ellos. ¡Primordiales, clanes más pequeños, incluso mediocridades como ese idiota que se hace llamar Lucifer!

"¿Ese Rey Demonio?" Malgron se rió suavemente. "¿No es él quien casi mata al hijo del Arconte Phenex?"

"Sí, también está involucrado en la muerte del Papa..."

"Oh, ¿ese anciano?"

"Sí. Y ahora, con Sepphiroth de vuelta y Sapphire cerca, las cosas se han puesto serias. Todo el mundo se está preparando. Incluso los nobles de sangre débil están en movimiento."

Malgron suspiró y dejó el mazo. "Bueno... ya era hora de que algo pasara."



[Fore hours - Calles de las Cenizas, Zona Sur de Abbadon]

Malgron caminó por los callejones donde el hollín era lo suficientemente espeso como para moldear máscaras en los rostros de los demonios. Los edificios eran torcidos, hechos de metal retorcido y carne seca, con luces amarillas parpadeando como ojos nerviosos.

Los bares empezaban a llenarse. El olor a alcohol negro y carne mística asada llenaba los rincones. Voces roncas discutían, reían, maldecían.

Malgron entró en una taberna baja llamada "Garganta de Serpiente" El techo era tan bajo que tuvo que bajar los cuernos para evitar rasparlos. Se sentó en la barra y pidió un "sangrulito", una bebida típica entre los trabajadores—



, una mezcla de sangre vieja y brandy infernal, servida con un cubito de hielo en llamas.

Ruzgath ya estaba allí, junto con otros dos: Nozzak, un demonio con piel de piedra que trabajaba en el mantenimiento de pasillos ilusorios, y Laath, un demonio que operaba en zonas de pactos corporativos.

"Todo el mundo habla de ello hoy", dijo Nozzak. "Hubo un tipo que dejó su trabajo sólo para intentar conseguir una invitación para asistir"

"Idiota", murmuró Laath. "Es Walpurgis, no un festival callejero. Sólo se permite la entrada a personas de sangre o invitados directos."

—Aún así —respondió Malgron tomando un sorbo que pareció quemarle la garganta y calmarle el alma. "Es la primera vez que vemos esto. Siempre había oído hablar de ello, pero parecía un mito. Y ahora... parece que incluso los Cielos están prestando atención."



"¿Crees que va a ser una guerra?" -preguntó Ruzgath.

Malgron guardó silencio por un momento.

"Tal vez. O tal vez sea sólo teatro. Pero una cosa es segura..."

Levantó su vaso, mirando el líquido oscuro que pulsaba en su interior como si tuviera voluntad propia.

"Todo el infierno se detendrá a mirar."



La atmósfera en la Garganta de la Serpiente era sofocante, el aire estaba lleno de humo y feromonas demoníacas colgaban como un velo invisible. Risas roncadas, el tintineo de vasos encantados y el chisporroteo de parrillas con carnes imposibles dominaron el espacio—hasta que se abrió la puerta.

Ni con una explosión, ni con violencia. Pero con un deslizamiento suave, como la seda cortando la garganta de un ángel.

Ella entró.

Y todo el Inframundo, por un momento, contuvo la respiración.

Su silueta fue visible por primera vez como una sombra contra la niebla roja del entorno. Alto, con curvas que desafiaban cualquier concepto de proporción celestial o infernal. Llevaba algo que flotaba entre un vestido y un hechizo: tela oscura como un abismo, brillante como el pecado, aferrada a su cuerpo como una promesa. Su espalda estaba desnuda, revelando runas prohibidas que brillaban en un cálido oro. Cada paso hacía crujir el suelo como si las tablas sudaran.



Su cabello era largo, rojo con reflejos morados y parecía moverse ligeramente incluso sin viento. Su rostro era una afrenta directa a la cordura: ojos que cambiaban de color con cada parpadeo, una sonrisa mitad hambre, mitad desprecio y labios demasiado rojos para no ser peligrosos.

Toda la taberna se detuvo.

Se dejaron caer gafas. Los sorbos fueron suspendidos en el aire. Incluso las gárgolas que servían como lámparas parecían inclinarse un poco más hacia adelante. Algunos de los presentes, incluidos Malgron y Ruzgath, tragaron con fuerza— y eso era raro. Era como si sus propios instintos gritaran: "Ella no pertenece a este nivel de la cadena alimentaria"



La lujuria encarnada. Potencia en tacones altos. Una pesadilla con olor a jazmín envenenado.

Caminó lentamente por el pasillo, con los ojos deambulando por los cuerpos ásperos, sudorosos y sucios de los trabajadores como si eligiera qué parte de un animal devorar primero. Ningún demonio allí pudo mantener su mirada durante más de tres segundos. No era sólo belleza—era pura dominación. Una orden tallada en carne y hueso.

Cuando llegó al bar, el camarero —un viejo demonio con cicatrices que hablaban de guerras tridimensionales— abrió los ojos, el cristal que estaba limpiando se le cayó de la mano y se hizo añicos en el suelo.

Apoyó un dedo perfectamente esculpido sobre el sucio mostrador. El barniz nigromántico de la madera se agrietó bajo su tacto. Ella lo miró con letal aburrimiento y le preguntó:

"¿Quién es el dueño de esta taberna de mala calidad?"

